

CARLOS GARCIA PRADA

POETAS MODERNISTAS HISPANOAMERICANOS

Antología. (Madrid. Ediciones Cultura Hispánica, 356 páginas)

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

En un discurso pronunciado hace algún tiempo en la Academia Colombiana de la Lengua, el doctor Eduardo Santos, después de glosar la “Historia y Antología de la Poesía Castellana, del siglo XII al XX” publicada por la Casa Aguilar en 1946, consigna esta afirmación optimista: “Si en cuanto hace a la novela, por ejemplo, sería vana locura pretender que la americana rivalice ya con la obra espléndida realizada por españoles, en cuanto hace a la poesía de lengua castellana sí podemos tranquilamente afirmar que corresponden a los americanos puestos de primera fila, que sería injusto discutirles e inútil negarles”. Hemos recordado las anteriores aseveraciones, al terminar una minuciosa lectura de la obra antológica que a los poetas modernistas hispanoamericanos consagra el erudito profesor don Carlos García Prada, catedrático de la Universidad de Washington, quien en la misma introducción advierte que ha realizado su trabajo “con fines docentes y criterio desprevenido”.

A quince nombres se contrae su labor seleccionadora y crítica, que va desde el peruano Manuel González Prada hasta nuestro Porfirio Barba Jacob ;pasa por Martí, Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera, Del Casal, Silva, Nervo, Jaimes Freire, González Martínez, Valencia, Lugones, Herrera y Reissing, y desemboca en Chocano.

Después de Méjico, cuya nómina modernista se integra con Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo y Enrique González Martínez, corresponde a Colombia el segundo sitio de honor en este libro, a través de la magna trilogía

formada por José Asunción Silva, Guillermo Valencia y Porfirio Barba Jacob. Hay que relieves esta circunstancia, no por simple nacionalismo literario, sino porque quizás este hecho marque un punto de partida hacia el reconocimiento internacional de los auténticos valores colombianos, condenados casi irremediabilmente a la falta de difusión exterior y a la reclusión forzosa dentro de las propias fronteras.

De la penetración analítica de García Prada es prueba suficiente el juicio que emite sobre Silva, a quien coloca en “puesto señalado en la serie de líricos excelsos de índole hispánica y de resonancia universal que comienza con Jorge Manrique y San Juan de la Cruz y que llega a nuestros días con Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, en la Península, y con Darío y Lugones en América”.

Al poeta de “Ritos”, lo sitúa: “Como Goethe en Weimar, así Valencia en Popayán... Poseyó una sólida cultura humanística y científica, actuó políticamente, como ciudadano libre y ejemplar y cultivó las letras con amor y a conciencia, sin entregarse a ellas exclusivamente. Orador de extraordinaria elocuencia en tierra de oradores, y poeta de intenciones barrocas y refinado alejandrínista, Valencia forjó, cinceló y pulió su lenguaje con esmero clásico y de *parnasiano*, y dándole al mismo tiempo nuevas resonancias e inquietantes perspectivas ideales de indiscutible modernidad. Con singular maestría tradujo más de ciento veinte poemas de Goethe, D’Annunzio, Verlaine, Baudelaire, Gaff, Eugenio de Castro, Mallarmé, Altemberg, Hugo Heredia, Flaubert, Maeterlinck, Olavo Bilac, George, Wilde, Keats, y algunos más entre los occidentales, y todo un libro de Li-Tai-Pe, Chan-Pien, Wuang-Tsi y demás poetas de la Antología china”.

Transcribamos, finalmente, los conceptos consagrados a Barba Jacob, a quien tal vez sin mucho fundamento hace pertenecer a “una oscura y numerosa familia de origen israelita”, mal informado, acaso, de la difundida leyenda que propugna por la raíz semítica del pueblo antioqueño, hipótesis basada en simples apañencias externas. Al margen de esto surge Barba Jacob: “Terrestre, sensual, desolado y angélico, este gran lírico romántico cerró el ciclo poético del modernismo hispanoamericano, negándolo y afirmándolo a la vez. Amó la poesía desinteresadamente, como “pensamiento divino hecho melodía”. Le siguió las huellas a Darío, a Valencia y a González Martínez, y

como ellos, se familiarizó con los grandes poetas franceses modernos, desde Baudelaire hasta Apollinaire, pero volviendo hacia atrás, hacia los bíblicos profetas, y muy especialmente a Job y a Salomón, repudió las imágenes preciosistas, los símbolos exóticos, los juegos verbales y los ritmos unánimes; se enfrentó con los grandes temas de la poesía universal, el amor, la muerte, el pecado, el terror de lo invisible, y el dolor, la soledad y la angustia del hombre, y cantó sus sentimientos elementales en versos sinceros, directos, de ritmo descaecido, sordo y borroso, eléctricos y untuosos, que cautivan y convencen por su intensidad y desnudez”.

Esta antología de los poetas modernistas hispanoamericanos, editada en Madrid por el Instituto de Cultura Hispánica, es digna de una mayor difusión en nuestros medios docentes y culturales.